
ALMAFUERTE
(Pedro R. Palacios)
(1854 - 1918)

MILONGAS CLASICAS

PRELUDIO

1

Aquí me pongo a cantar
con cualquiera que se ponga
la mejor, la gran milonga
que se habrá de perpetuar.

Y voy a cantarte a ti
¡oh mi chusmaje querido!
porque lo vil y caído
me llena de amor a mí.

Por ti voy a descender
a detalles y simplezas;
la basura de tus piezas
con mi espíritu a barrer

a expulsar tu habitación
de sus hálitos perversos;
y en el humo de mis versos
a curar tu corazón;

a rasgar esa barrera
que juzgaste nos impide;
necio muro que divide
la sonrisa más ligera;

secular conglomerado
de no sé qué fruslería
que lo estrella, cualquier día,
cualquier pecho apasionado;

a enlazarte como a potro,
dentro mismo de tu medio,
para darte el gran remedio,
de un dolor besando al otro;

la más necia de tus prosas
a llenar de ricas galas,
y a cubrir bajo mis alas
la más triste de tus cosas:

con mis alas gigantescas
que a la vez que se agitaron
con su viento alborotaron
como a polvo a las ideas;

negras alas musicales
que tendían su plumaje
y extendían su cordaje
violoncelos orquestales;

que se abrían prodigiosas,
y las plumas que perdían,
de ambiciones que gemían
fueron alas poderosas;

que subían ondeantes
y a su tardo movimiento
se irisaba el pensamiento
de chispazos fulgurantes;

que bajaban a los limbos
de las vidas esbozadas
y volvían tripuladas
por laureles y por nimbos;

que ya cerca del ocaso
le nacieron a mi vida:
¡vieja tabla escarnecida
con velámenes de raso!

que a los pies de la Argentina
volcarán tantos laureles,
como hay bosques y vergeles
en la América latina;

que a la faz de los escombros
del futuro más lejano,
podrán verse desde el llano
tremolar sobre mis hombros;

que si Dios las maldijese
y una sola me dejara
para echarme hasta su cara
de ella sola me valiese;

que alzarían sin trabajo
todo el orbe, todo entero;
¡y se cierran, porque quiero,
para escoba y estropajo!

II

Yo lo quiero, porque tejen
manos pródidas mi tela;
a ti nunca te desvela
que te salven o te dejen.

Ni te ablanda ni te asombra
que se oficie en tus altares;
te anestesian los pilares
que sostienes en la sombra.

O tal vez en las aceras,
donde hierven tus pasiones,
no penetran más razones
que las grandes y primeras.

Y la nuestra, ocasional,
pasará por tu destino
como rueda, en el camino,
la hojarasca florestal.

O los rayos de tu asfalto
serán chispas estelares
que perforan tus ijares
porque bajan de tan alto;

y tus carnes, cuando brillas
con siniestras llamaradas,
estarán acribilladas
de celestes banderillas.

O quizá no vendrán ellos
de otros mundos superiores
y te nacen redentores
cual te brotan los cabellos;

y entre sueños y entre llantos,
masa enorme, plebe impura,
guardarás la levadura
de los héroes y los santos.

O tu informe corazón
sufirá, como la cera,
los dedazos de cualquiera
que domine tu emoción;

y no pasa de la mano
que te aprieta, tu reforma
y reviste nueva forma
cada nuevo soberano;

potestad cuyo reflejo
sobre tu ánima perdura
lo que vive la figura
reflejada en el espejo.

O eres número, miriada,
muchedumbre, nada más,
y allá corres y allá vas
con balidos de majada.

con la fiebre del rincón
del mendrugo de la prosa...
¡Chusma vil, recua sarnosa
que arrempuja el aquilón!

Indecisa voluntad
que no quieres, que no pides,
Dios imbécil que divide,
con tu faz la eternidad!

III

O serán aquellos pechos
que te aplauden o condenan,
huecos parches que resuenan
con el ruido de tus hechos.

Y es el cráneo pensador
concha estólida del mar,
donde vibra, sin cesar,
un insólito fragor;

y esa gran filosofía
que te llena de zozobra
será espuma, será sobra
de lo que haces cada día;

y te habrán la curación
por placer de recetar
simulando remediar
unos vicios que no son;

Dulcamaras y bufones
que con frases resonantes.
¡pontifican de almirantes
en un barco de Colones!

¡Microscópicos gusanos
que una brizna no alzarían,
y al sol mismo le dirían
que lo incendian con sus manos!

IV

O acercándome de a poco
al país de las quimeras,
he pisado las riberas
de los grandes y los locos;

he alcanzado las regiones
vagorosas, eteréas,
donde asumen las ideas
intangibles ilaciones;

donde faltan materiales
puntos lógicos de mira,
y se corre y se delira
por llanuras ideales;

y mi seso baladí,
desleído, agonizante,
cual un ebrio tambaleante
se desploma sobre ti.

V

O se apoyan en los dos,
bien concretos y distintos,
las pasiones, los instintos:
las pragmáticas de Dios,

Y un olfato cerebral
me conduce a tu morada,
como aquél de la vacada
que la lleva al manantial.

Y ese impulso arrollador
es mi afán de la belleza
y me apoyo en tu tristeza
cual un vil declamador.

O tu hedionda carnadura
me deleita y alucina
y me arroja en tu sentina
mi pasión de la basura;

o tendré la vocación
de los hondos vasallajes
y te lamo tus vendajes,
por hacer consternación;

o cansado de la cruz,
del dolor y la conciencia,
me refugio en tu inocencia
fugitivo de la luz;

o del hombre artificial
me repugnan falsedades
y desamo habilidades
por amor del animal;

o asustándome los recios
pugilatos de la vida,
busco el alma ya vencida
de los tristes y los necios;

o en el duro pedernal
de mi pecho masculino,
vibra un átomo divino
de terarira maternal;

o fingí, por diplomacia,
tu reforma y tu cuidado,
y me tiene aprisionado
cual un pulpo, tu desgracia;

o de tanto cerebrar
me circundo de visiones
que me muestran direcciones
salvadoras al azar;

y esos rumbos entrevistados
creo yo que te convienen-
noble afán que sólo tienen
los tiranos y los Cristos.

O padezco el hambre sacra
y me abismo en tus misterios
donde brillan los bacterios
de la luz sobre tu lacra;

y del vivo lodazal
surjo luego refulgente,
chorréando la cliente
sangre azul del Ideal.

O tendré tal cantidad
de virtudes y de llagas
que me vences, que me tragas
por mi propia humanidad.

y a las cosas que hay en mí,
delicadas o terribles,
vienen garfios invisibles
de las cosas que hay en ti.

Pues de tu alma secular
será un hálito que sube,
niebla triste, roja nube,
grito trágico del mar.

VI

No lo sé. Ni debo nunca
describirlo. Y no te asombres.
La novela de los hombres
vale más que quede trunca.

Y es difícil y es ingrato
demostrar lo razonable;
y no siempre es confesable
cualquier móvil inmediato.

No hay hallazgo más traidor
que acertar consigo mismo,
mi más loco excursionismo
que explorarse el interior.

Ni trabajo ni jornada
donde un óbice no quepa;
vale más que no se sepa
los orígenes de nada.

Vale más que no analices
los misterios de las cosas...
¡Se modelan a las diosas
sobre torpes meretrices!

¡Se fabrican sacros panes
profiriendo sacrilegios;
y hospitales y colegios
con limosnas de rufianes!

Porque siempre ha sido escoria
la razón de lo que brila;
y pelusa y arenilla
los secretos de la gloria.

Horrorícete de veras
las acciones más gentiles..
¡Son muy necias y muy viles
las verdades verdaderas!

Pero no te desesperes
ni te abata el desconsuelo:
cuando corta el escalpelo
sólo gimen las mujeres.

Pero aguarda que mi mente
busque luz y tome bríos:
bajo túneles sombríos
no se viaja eternamente.

Sobreponete a los horrores
que mi péñola te pinta:
¡la verdad es una cinta
de muchísimos colores!

La verdad es camaleón
de apariencias infinitas:
¡ni dos veces la meditas
con la propia entonación!

Mira, pues, cómo la tomo
más amable, menos dura.
y te muestro una figura
colorida cual un cromo:

Ponte un joven su taller;
lo abastece y acicala...
¡si es un nido, aquella sala,
que dispuso una mujer!

Transparentes muselinas
la luz rigen y difuman,
mientras todo lo perfuman
ramilletes y resinas;

terciopelos genoveses
pieles indias y africanas,
perezosas otomanas
y magníficos arneses;

en los muros y sitiales
mil cartones y pinturas,
y marmóreas esculturas
en gentiles pedestales;

por las blancas chimeneas
renegridos bronce viejos,
reflejando en los espejos
decadentes orquideas;

y riendo, sin control,
en cuadrilla esplendorosa,
los bambinos y la esposa
con el aire y con el sol.

En el rico caballete
ya la tela, virgen pura,
presintiendo la figura
se arrebola y se somete;

y los pomos de color,
en la caja, nuevecitos,
escuadrón de soldaditos,
le dan séquito de honor.

Todo es vida, todo es luz
al redor de aquella tela...
¡tanta dicha no revela
los amagos de una cruz!

Y a la blanca desposada
viene un día su pintor,
como vino el Creador
meditando hacia la nada.

Gravemente, con receta,
va mezclando los colores:
hace nubes, hace flores,
hace tiempo en la paleta.

Y así pasa, cabizbajo,
largas horas de pereza....
¡No han venido a su cabeza
los demonios del trabajo!

¡Pero vienen! Aquel tierno
mundo azul se desvanece:
aquel joven envejece
y aquel nido es un infierno.

Suplantando, en el pintor,
facultades y pasiones,
por las mil aberraciones
de la forma y el color,

va extendiendo su reinado
la feroz idea fija,
tan tenaz y tan prolija
como aceite derramado;

va sembrando soberana,
la simpleza o la manía,
cual gusano que vacía
de su carne a la manzana.

Como en hora más dichosa
ya se ríen sin control,
con el aire y con el sol,
ni los hijos ni la esposa.

De tristeza rodeada
cual tapiz a medio hacer,
reina sola, en el taller,
la gran obra comenzada.

De aquel nido encantador
ya no queda ni la sombra:
salivazos en la alfombra
y humo denso en derredor.

Polvorosos trapos viejos
respirando trementina,
y espectro que camina,
reflejado en los espejos.

Pero logra terminar
su labor una mañana,
y otra vez, cual una diana,
vibra suena aquel hogar.

Y otra vez, y sin control!
como en época dichosa.
con los hijos y la esposa
corre el aire y brilla el sol.

Y otra vez... Pero no creas
que aquel ser quedó sin dolo:
¡como el cáncer y el vitriolo
nos carcomen las ideas!

¡Miserables prostitutas
que nos hieren o marchitan,
y nos mandan y nos gritan
como reinas absolutas!.

Por debajo de la palma
que ha de honrarle por sus días
¡sabe Dios qué vesanías
le quemaron en el alma!

¡Sabe Dios!... Pero tampoco
te alucine su victoria:
¡la corona de la gloria
no la ciñe cualquier loco!

Que si Dios no lo permite
no hay calórico que baste:
por más leña que se gaste
su metal no se derrite...

Son las arenas de combate
manos puercas y callosas:
¡no las finas y olorosas
y expresivas del abate!

No las llenas de donaire,
de tez cándida y pulida
que no hicieron en la vida
más que cruces en el aire;

sino aquellas aguerridas,
dolorosas, maculadas,
como vendas empapadas
en el pus de las heridas.

Nace el río en los breñales
y es tan puro por un trecho,
que a lo largo de su lecho
ves rodar los pedernales:

pero invade la llanura,
la fecunda y embellece:
¡y aquel río no parece
más que líquida basura!

Así manchan su cendal
los heroicos, los amantes:
¡por un cauce de diamantes
van a dar al hospital

Lleva el río entre sus ondas
las materias más inmundas,
¡ y las vidas más fecundas
las vilezas más hediondas!

Y aquel río llega al mar,
tenebroso, pestilente,
cual un viejo maldiciente
que regresa de sembrar.

Y esas almas y esas vidas,
a la duda y al vacío,
como el viejo y como el río
sin vigor y corrompidas.

¡Sí! La mínima faena
nos enturbia como el agua...
¡nunca salen de la fragua
candideces de azucena!

Mucho barro hay que batir
en la vía del sepulcro:
no hay oficio menos pulcro
que el oficio de vivir;

ni más frágiles encantos
que las alas de lo puro,
ni agujero más oscuro
que las almas de los santos.

VII

Pero acuérdate de Dios
que revuelve en sus marmitas
las estrellas infinitas
y el destino de los dos.

Pero piensa en Jehová,
cuya grande mano sola
rige el freno de la ola,
que no sabe a dónde va;

que desciende sin rumores
al más ínfimo proscenio:
y echa ciencia y echa genio
sobre rústicos pastores;

que se agarra de los cables
del dolor y las pasiones,
y hace ritmos y hace sonos,
y hace frases admirables:

que hacia el bien nos precipita
con envión irresistible,
removiendo una terrible
negra cédula maldita.

Que no piensa corregir
ni malvados ni truhanes:
¡larga tropa de alacranes
que conduce al porvenir!

que no quiere hallar jamás
condenable a la criatura,
pues no tiene su natura
ni de menos ni de más.

Y Él distingue en el tropel
del éxodo hacia sus brazos,
los brillantes aletazos
de las alas de Luzbel,

que halla formas y halla modos
en escalas infinitas:
y si tú lo necesitas
pone un leño sobre todos;

pues no sé por cuál inquina,
siempre ha sido su proyecto,
deslumbrar a don Perfecto
con un loco que adivina:

dar destino a la pelusa
dar purezas a lo impuro,
y evocar a su conjuro
grandes almas de la inclusa;

por probar en puridad
que ninguno te gobierna:
que es autónoma y eterna
la intangible humanidad;

que pensar es recibir
y volver la impresiones,
y mandar a las naciones
preguntarles y seguir;

que la estirpe humana entera,
sufre mal de inteligencia,
pues así la Providencia
se apodera de cualquiera;

pues el genio es inmortal
y esparcido de tal modo,
que anda en todo y sobre todo
cual un gas universal;

y así como, en su ocasión,
muerde un cáncer en la herida,
hace el genio su salida
por cualquier combinación.

VIII

Al trabajo, pues, me apronto
sin ninguna indecisión;
porque sí, -por la razón
de lo heroico y de lo tonto.

Pues me llama tu basura
yo no sé de qué manera:
porque sí, -por la primera
gran razón de la natura.

Y sin quejas, con la calma
del sonámbulo que pasa,
bruñiré toda tu casa
con la seda de mi alma.

Cual un príncipe adornado
con armiños y torisones,
que escudriña los rincones
más hediondos del mercado;

buzo heroico que al bajar
al abismo, no escuchara
más que risas y algazara
de la turba popular.

Miserable corazón
cuyos huérfanos latidos,
ni tendrán agradecidos,
ni hallarán admiración.

IX

¡Sí! Que borren con furor
mis esbozos más amados:
¡salitres derramados
en terrenos de labor!

Sí: que llenen de perfidias
mis estrofas más preciadas,
vil diluvio de pedradas
en los mármoles de Fidias!

¡Que arremetan Aristarcos
con Jesús y con Cristianas...
coaliciones de las ranas
condenadas a los charcos!

¡Que me niegue y me rechace
la opinión de los estetas,
cachorritos de mis tetas,
sanguijuelas de mi frase!

¡Que motejen de insanía
mis fulgores cerebrales,
viejos búhos sepulcrales
deslumbrados por el día!

¡Que carcoman los jirones
de mi vida torturada,
plaga hambrienta, apoderada
del trigal de mis acciones!

¡Que no salven ni las buenas,
ni las óptimas, aún,
negro chorro de betún
sobre campo de azucenas!

Que me quiten posición
personal y literaria,
charretera legendaria
desprendida de un tirón!

Que chorreen por mi frente
los dicterios que me arrojan,
pan del pobre que remojan
en un caldo pestilente!

¡Que me dejen solo, solo,
sin apoyo, sin escudo,
cual un párvulo desnudo
sobre un témpano del polo!

Pero pueda yo bajar-
carne sana y alma fuerte
y en el antro de tu suerte
revolver y escudrillar!

¡Azotarme a las bravías
marejadas de tu llanto,
de tus penas saber tanto
como entiendo de las mías!

¡Arrojar a los pantanos
de tu ser mi corazón
y saciarme en la pasión
de los pálpitos humanos!

¡Y colgarme de la cruz
del continuo sacrificio...
y besar en ese vicio
que produce tanta luz!

¡Pero pueda mi ambición
a tus propios pensamientos
arrancar los elementos
de tu libre evolución!

¡Pero pueda conseguir
enfocar tus facultades
y en tus propias claridades
envolver tu porvenir!

¡Pero alcance que mi ruego
mi propósito perdura
y mi espíritu fulgura
como látigo de fuego!

¡El Eterno te reparta
por la frente y por las venas
el espíritu de Atenas
y la médula de Esparta,

para que hagas más virtudes
y más luces y más glorias
y más vida y más historia
que tus bellas multitudes;

y tu joven corazón
se dilate y equilibre
y entre libre y salga libre
del taller de la pasión;

y te informen sentimientos
armoniosos, similares,
cual se traban los sillares
de los grandes monumentos:

y a Dios ames, y le adores
al progreso, y lo comprendas;
a tu patria, y la defiendas;
a tu hogar, y lo mejores;

y algún nuevo fruto des,
discurriendo con tu juicio;
y al Tabor y al precipicio
te conduzcas por tus pies;

y en la civilización
la sazonen tus dolores
y trasuden tus errores
manantial de perfección;

y ya nunca te amontones
en postemas de ciudades,
hormigueros de nabades,
de cobardes y bribones;

y recubras la extensión
de tu tierra exhuberante,
virgen núbil, delirante,
que no encuentra su varón;

y la beses, la poseas,
la contentes, la fecundes,
la desgarras y la inundas
de trigales y de aldeas;

y no dejes decir más
que no tienes energías: -
¡yo tampoco debería
recordártelo jamás!

Porque debes saber ya,
antes que hablen otros hechos,
que la tierra y sus derechos,
el trabajo nos los da.

Que una tribu pasajera,
de la tierra apoderada,
puede ser desalojada
cualquier vez y por cualquiera.

Que la tierra no es colchón
para enfermos y haraganes.
¡Es bigornia de titanes!
¡Pedestal de la ambición!

Pero debe, todavía,
saber más el patriotismo:
tu trabajo, por sí mismo,
no te da soberanía.

El trabajo y la pasión,-
herramientas de progreso,
si no sirven para eso,
¡no consagran posesión!

Inarmónica, excesiva
vibración de un solo punto,
que saliendo del conjunto
rompe toda perspectiva:

que se acoge con mohínes
naturales de protesta:
tal sucede, si en la orquesta
desafinan los violines.

Porque no es acción humana,
por más lógica que sea,
si en el mundo no flamea
como neta de campana.

Ni es un hombre, quien al dar,
sólo un paso, sólo un grito,
no creyó que lo infinito
debe asirlo y resonar.

¡Ni has de hacerte, si no absorbes,
y asimilas y amas todo,
y soportas de algún modo
los andamios de los orbes!

¡Si no sientes en la sombra
más estólida y vacía,
algún dedo que te guía
y algún labio que te nombra!

Porque al hombre y las naciones
lo real les bestializa,
si a su ser no diviniza
blando riego de ilusiones.

¡Realidad: una ilusión
de los órganos, grosera!
¡Ilusión: la verdadera
material penetración!

¡Realidad: lo que no va
más allá de lo que ves!
¡Ilusión: lo que no es:
es decir, lo que será!

¡Realidad: inapreciables,
fugitivos, negros puntos,
que jamás divisan juntos,
tus mil ojos miserables!

¡Gas de bestia que derrama
de sí misma la natura
para medir la estatura
de la perfección humana!

Estatura proporciones,
que seguimos asumiendo,
según vamos dividiendo
con la faz las ilusiones.

Las ilusiones, que son
como flotantes hilitos,
por do van los angelitos
de visita al corazón.

Cinta azul con que atas
a la cúpula del cielo,
por no hacer, en este suelo,
tu excursión a cuatro patas.

Palomar en libertad,
que a traer su rama vuelve,
ideación que se resuelve,
en belleza de verdad;

vegetación invisible,
fleco mágico de antenas,
con que a tientas encadenas
lo posible a lo imposible;

alma máter que perdura
en la muerte y la rulfia:
¡más excelsa, más divina,
sin humana carnadura!

Como Grecia soñadora
de cuyos mármoles fríos
brotan chorros, manan ríos,
vibran torrentes de aurora.

Como Roma la pagana,
que a la luz del sol moría
y a la faz de Dios se hacía
civilización cristiana.

Como el histórico Godo,
rey genial del mundo entero;
que se queda caballero
después de perderlo todo.

Como aquella noble Francia,
que a través del infortunio,
cual un triste plenilunio
nos alumbra a la distancia.

Pero arriba del estrago,
aquella alma no palpita,
cuando es ella la maldita
de Fenicia y de Cartago.

¡No! ¡Nadie es fuerte ni sube
a pesar de los fracasos,
si jamás tendió los brazos
para asirse de una nube!

¡Si alguna vez no agarró
lleno de confianza y brió,
las aldabas del vacío,
para subir... y subió!

¡Sí, que caiga todo mal
sobre mi cerebro insano,
como el mazo de Vulcano
sobre un globo de cristal!

¡Pero aspira pero bebe,
pero absorbe las virtudes,
por tus nobles altitudes,
tus mujeres y tu plebe,

para que claves los hitos
del mayor esfuerzo humano,
y llegues íntegro y sano
al fin de los infinitos!

Y al acostarte de bruces,
en el límite postrero,
¡se ilumine el orbe entero
con tu corona de luces!

¡Y Dios, al verte dormido,
sobre todo su progreso,
te dé la paz con su beso
como a su pueblo elegido!

Y en los ámbitos profundos
de toda la creación,
resuene la aclamación
de las almas y los mundos!

¡Y volando en tu redor
muchedumbre de naciones,
formen lemas y blasones,
y arcos de triunfo en tu honor;

y el silencioso tropel,
las tristes y las vencidas,
formen lemas y blasones,
y arcos de triunfo en tu honor;

¡Y postrados, entre tanto,
arcángeles, querubines,
ángeles y serafines,
digan: santo, santo. santo!

¡Y en medio de aquel diverso
clamoreo interminable,
una mano formidable,
te presente al Universo;

y que cese todo afán,
y calle todo clamor,
y que diga el Creador:
"¡Está terminado, Adán!"